

lucrados constituye un desafío enorme para aquellas personas que se atreven a desentrañar sus secretos. El libro de Samaniego López constituye un eslabón importante hacia el enriquecimiento de nuestra comprensión de este episodio controvertido —pero a la vez altamente intrigante— en la historia de nuestra nación.

Lawrence Douglas Taylor Hansen  
*El Colegio de la Frontera Norte*

Laura GIRAUDO, *Anular las distancias: los gobiernos posrevolucionarios en México y la transformación cultural de indios y campesinos*, prólogo de Marcello Carmagnani, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, 382 pp. ISBN 9788425914294

Hasta fines de los años ochenta, la historiografía del México moderno solía retratar al Estado surgido de la revolución (1910-1920) como un leviatán. Su control sobre campesinos y obreros parecía casi completo, y su partido oficial, el PRI, dominó las elecciones durante décadas. Sin embargo, los años noventa trajeron consigo cambios importantes. A medida que los historiadores revisaban los archivos nacionales, regionales y locales en busca de las “armas de los débiles”, entre otras cosas, y a medida que el campo de los estudios de la subalternidad les enseñaba a los historiadores a leer los documentos oficiales “entre líneas”, comenzó a dibujarse una imagen diferente, mucho más matizada, del Estado mexicano posrevolucionario. Ya no parecía capaz de imponer su voluntad sobre un populacho sumiso. Quizás no sea una coincidencia que, más allá del mundo de la investigación histórica, a menudo autónomo, el otrora invencible Estado mexicano monopartidista comenzara a doblarse bajo el peso de

asesinatos de alto nivel, corrupción, la insurgencia indígena en Chiapas y una importante crisis económica.

La historia de la educación era un campo lógico para buscar nuevos datos sobre la relación entre el Estado mexicano posrevolucionario, sus agentes (maestros e inspectores) y las poblaciones rurales. La Secretaría de Educación Pública (SEP), creada en 1921, fue el agente de ingeniería social más activo durante las dos primeras décadas posrevolucionarias, periodo en que se conformaron la nación y el Estado mexicanos. A medida que maestros e inspectores trataban de educar y modernizar el campo para “anular las distancias”, descubrieron que el programa modernizador de la SEP no podía imponerse con facilidad y a menudo requería complejas negociaciones entre inspectores, maestros y comunidades campesinas. El trabajo más influyente surgido de este subgénero fue *Cultural Politics in Revolution: Teachers, Peasants and Schools in Mexico, 1930-1940* (Arizona, 1997), de Mary Kay Vaughan. Este estudio de la Puebla y la Sonora posrevolucionarias, que ganó premios tanto de la American Historical Association y como de la Latin American Studies Association, sentó el precedente para una nueva generación de historiadores que recurriría a archivos de educación inéditos para buscar pistas en cuanto a la relación entre el pueblo y el Estado mexicanos en el periodo posrevolucionario.

El libro de Laura Giraudo, *Anular las distancias*, es la espléndida traducción al español de un libro cuya primera edición fue italiana, y sigue el espíritu del trabajo de Vaughan. Se trata de un estudio sumamente concienzudo sobre los intentos de la SEP por modernizar y transformar los estados clave de Puebla y Veracruz. Los primeros dos capítulos del libro ofrecen una revisión muy completa de la literatura sobre la construcción estatal y nacional en el México de los siglos XIX y XX. Asimismo, examinan cómo los escritores y pensadores mexicanos comenzaron a alejarse de las formas europeas y coloniales de abordar los conceptos de raza

y nación durante la segunda mitad del siglo XIX. Algunos pensadores mexicanos reconocieron una relación entre el mestizaje y la mexicanidad, mientras que otros negaron la supuesta inferioridad racial innata de los indígenas. Durante la segunda década del siglo XX, muchos mexicanos llegaron a aceptar la noción de una nación mestiza. Los artistas e intelectuales que habían pasado los años de la guerra en la Europa bohemia regresaron a México y vieron su país bajo una nueva luz. Luego de estar expuestos en Europa al primitivismo y a la celebración del campesinado, buscaron valorizar a los pueblos indígenas e incluirlos en la nueva y mejorada nación mexicana. La revisión que hace Giraudo de esta literatura es en particular útil porque ubica la búsqueda de México de una integración nacional en un contexto internacional más amplio, perspectiva que suele faltar en otros trabajos de este subgénero.

Giraudo apunta que en la década de 1920, “[e]n lo que podría parecer una paradoja, junto al proyecto de modernización de la población indígena se estaba planteando la edificación de una cultura nacional que valorizaba precisamente aquellas tradiciones indígenas y campesinas” (p. 58). El primer secretario de la SEP, José Vasconcelos, encarnaba esta paradoja: por un lado, celebraba las antiguas culturas indígenas que construyeron las grandes pirámides, pero por el otro buscaba “incorporar” a los indígenas contemporáneos mediante programas de mestizaje cultural que no contemplaban la necesidad de preservar ciertos aspectos de su cultura. Este enfoque predominaría en la SEP hasta mucho después de la partida de Vasconcelos en 1924.

En los capítulos IV al VI, Giraudo presenta sus contribuciones más originales, fruto de su ambicioso trabajo en los archivos de educación estatales y federales. Los maestros e inspectores de la SEP solían ver el campo y a los campesinos mestizos e indígenas como tradicionales, uniformes y completamente atrasados, contrarios a cualquier acción revolucionaria, mientras que a sí

mismos se veían como mensajeros de un Estado moderno, como portadores de civilización y progreso. Las más de las veces, los maestros e inspectores que intentaron imponer el programa federal tuvieron poco éxito; como Vaughan descubrió en su investigación, por lo general el programa federal debía negociarse. Giraudo cita varios ejemplos que muestran cómo muchos inspectores de la SEP a fines de los años veinte y principios de los treinta calificaban a las comunidades de “mestizas”, cuando cooperaban con la escuela y el maestro, y de “indígenas”, cuando no lo hacían. En ocasiones aparecían como mestizas un año, indígenas al otro y mestizas de nuevo al año siguiente si volvían a cooperar. En estos juicios, el criterio normalmente utilizado para determinar la etnicidad en México —la lengua— no se tomaba en cuenta.

La exploración de Giraudo en torno a la actitud ambivalente de la SEP frente a los pueblos indígenas cobra un interés particular en su estudio de la Casa del Estudiante Indígena, calificada por sus fundadores como un “experimento de incorporación indígena”. La Casa era un internado indígena fundado en la ciudad de México en 1926. Su misión era mostrarle a la nación entera que los niños indígenas podían ser incorporados con éxito a la sociedad urbana mestiza dominante. De los alumnos de la Casa, se esperaba que regresaran a sus comunidades de origen para compartir los frutos de la “civilización”. En 1928, la Casa comenzó a ofrecer cursos de formación para maestros con el fin de convertir a los estudiantes en educadores bilingües. Para 1930, había decenas de ellos enseñando en las escuelas federales de sus estados de origen.

Si bien Giraudo no es la primera en estudiar la Casa a detalle, su investigación sigue a varios maestros en su regreso a Puebla y Veracruz para indagar si su formación en la ciudad de México los ayudó a “cerrar la brecha” entre el campo y la ciudad en sus comunidades de origen. Aunque los estudiantes de la Casa habían adquirido cierta “civilización” en el internado, los supervisores de la SEP solían darles las mismas evaluaciones negativas reser-

vadas para los indígenas “incivilizados”. Más aún, la SEP pocas veces enviaba a los graduados de la Casa a sus comunidades de origen, donde su competencia bilingüe habría sido un recurso valioso. Ello se debía a que la SEP se mostraba ambivalente, en el mejor de los casos, frente al uso de las lenguas vernáculas indígenas en el salón de clases; de hecho, Rafael Ramírez, director del Departamento de Escuelas Rurales, ordenaba explícitamente a los maestros que no utilizaran lenguas indígenas, pues podían convertirse en “una persona más por incorporar”. La Casa valoraba la formación de maestros bilingües para que regresaran a sus comunidades de origen, pero a la SEP no le interesaba la educación bilingüe y temía que los maestros crearan una base de poder que amenazara el aún frágil orden político si regresaban a sus propias comunidades. En pocas palabras, la misión de la Casa y los objetivos de la SEP estaban encontrados. Rafael Ramírez, quien se mostró cada vez más hostil a la Casa, ordenó su clausura en 1932 so pretexto de que era muy honerosa.

Entonces, ¿cómo queda parado el Estado mexicano en la meticulosa investigación de Giraudo? Por un lado, se asemeja a muchos otros Estados modernizadores de principios del siglo xx que equiparaban el progreso con la alfabetización, la educación, y la regeneración física y cultural. Sin embargo, por otro lado, presentaba actitudes profundamente ambivalentes respecto del campesinado mestizo e indígena, y no tuvo la capacidad de imponer su programa modernizador en el campo mexicano. En general, las políticas de la SEP en los años veinte y principios de los treinta eran adversas a los pueblos indígenas y hostiles a sus lenguas y culturas. Además, sus prioridades estaban reñidas con las de una escuela especial que formaba a maestros indígenas bilingües. Al final, la Casa simplemente se adelantó a su tiempo. Para fines de la década de 1930, apunta Giraudo, la “incorporación” de la SEP había cedido su lugar a actitudes más plurales en torno al papel de las lenguas y culturas indígenas de modo que, en 1940, los cientí-

ficos sociales y pedagogos mexicanos abogaron por la “integración” y llamaron a la conservación de las lenguas indígenas.

Traducción de Adriana Santoveña

Stephen E. Lewis  
*California State University, Chico*

JORGE CAÑIZARES-ESGUERRA, *How to Write the History of the New World: Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*, Stanford, Calif., Stanford University, 2001, 450 pp. ISBN 0804740844

En 1770 Guillaume Thomas François Raynal publicó anónimamente su *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, una obra enciclopédica anticolonialista que es a la vez una compilación de textos de alta erudición (el mismo Diderot escribe en ella) y una crítica liberal del antiguo régimen. Raynal compartía con Cornelius de Pauw su desprecio por el fanatismo y el exiguo criterio de los misioneros evangelizadores del siglo xvi. Los documentos de los conquistadores, plagados de inconsistencias e inexactitudes, según creía Raynal, no estaban a la altura de las exigencias epistemológicas de la época. No participaban de lo que Voltaire llamaría en el siglo xviii *esprit philosophique*.

¿En qué consiste este *esprit philosophique*, esta “mayoría de edad” (como la llamó Kant)? A mediados del siglo xviii, Europa advirtió una transformación en la “condición de posibilidad” del saber. Se trata del surgimiento de una nueva *episteme* que radica en la revaloración del documento. El texto de Jorge Cañizares-